

## **Hacia una diplomacia multilateral novedosa: una mirada desde Ginebra**

*Juan José Gómez Camacho  
Alejandro Alcalde Méndez*

La constante adaptación y la evolución de la actividad diplomática es una de las grandes tareas que enfrenta la política exterior mexicana. Los avances tecnológicos de las últimas décadas y los riesgos que aquejan a las sociedades del siglo XXI ponen en entredicho la labor diplomática tradicional y sacan a relucir la necesidad de contar con nuevas herramientas para encararlos.

De acuerdo con el sociólogo alemán Ulrich Beck, vivimos, pensamos y actuamos en un mundo plagado de conceptos anticuados que, no obstante, siguen gobernando nuestro pensamiento y acción. Por ello, la actualidad está habitada por el vocabulario de la incertidumbre: los “cisnes negros” de Nassim Taleb, los riesgos políticos de Ian Bremmer, los sistemas complejos de Niall Ferguson y la distinción inmortalizada por Donald Rumsfeld entre las cosas que sabemos que no conocemos (*known unknowns*) y las cosas que no sabemos que no conocemos (*unknown unknowns*) reflejan los intentos de comprender, nombrar y redefinir una realidad mundial en constante cambio.

Este trasiego ha afectado íntimamente los procesos de gestión diplomática de los Estados nacionales. La tecnología, el capitalismo y las agendas morales han multiplicado drásticamen-

te el número de actores en el juego diplomático. La denominada megadiplomacia, como lo ejemplifica patentemente el caso de Wikileaks, ha irrumpido en el escenario internacional.

Una nueva serie de actores empoderados por las tecnologías digitales —organizaciones no gubernamentales, superindividuos, empresas transnacionales, científicos, líderes religiosos, familias, alcaldes, filántropos, activistas, *hackers*, terroristas— persiguen intereses particulares y se apropian y compiten por el espacio diplomático con los actores estatales tradicionales.

Según el politólogo estadounidense Parag Khanna, la diplomacia del siglo XXI se parece cada vez más a la Edad Media. El mundo está ocupado por centros de poder y geografías que coexisten en un complejo ecosistema. Las transformaciones geopolíticas, las crisis económicas, los avances tecnológicos, el crecimiento demográfico y urbano, la escasez de los recursos naturales, la globalización y el cambio climático afectan la manera de pensar y actuar de las sociedades del siglo XXI en prácticamente todos los rubros, desde los sistemas de salud pública hasta la seguridad internacional.

Hay una creciente e ingente red de interconexiones: cerca de doscientos países en estrecha comunicación entre sí, alrededor de cien mil empresas transnacionales negociando con gobiernos y entre ellas, y por lo menos cincuenta mil organizaciones no gubernamentales asesorando y asistiendo regímenes y poblaciones e interviniendo en zonas de conflicto.

En este contexto, la coordinación y la colaboración estrecha entre los sectores público y privado es un requerimiento indispensable de la era de la megadiplomacia. Las empresas multinacionales, por ejemplo, son ya un factor fundamental para que las naciones definan su lugar y se posicionen en la economía global. Por ello, como ocurre con otros actores, significa un reto incorporar de una manera inteligente y constructiva los intereses económicos de las mismas sin comprometer la función del Estado.

En forma paralela, están ocurriendo fenómenos sorprendentes: la flora y la fauna se están desplazando hacia el norte, el Círculo Ártico se está descongelando y convirtiéndose en uno de los focos estratégicos y de desarrollo económico más importantes del futuro y las aglomeraciones urbanas con más de diez millones de habitantes están floreciendo por doquier.

Todos estos procesos están afectando profundamente a la comunidad internacional y, por ende, la labor diplomática. Hoy, como nunca, es necesaria una comprensión más clara sobre la manera en que la gente, el dinero, el poder, la religión, la cultura y la tecnología están interaccionando para cambiar al mundo. Cada día, el multilateralismo tiende hacia la lógica de un parlamento planetario y se encamina hacia una síntesis normativa que consolide las “autoridades globales” defendidas por el sociólogo comunitarista Amitai Etzioni. En la actualidad, es indispensable diseñar políticas públicas globales para encarar la multiplicidad de retos internacionales.

En ningún otro sitio como en el área multilateral se percibe el pulso de los eventos que están reconfigurando el mundo, a México y su diplomacia. Es fundamental, entre otras cosas, reflexionar y delinear el perfil del diplomático mexicano del siglo XXI. Temas como el desarme, la cooperación internacional, las telecomunicaciones, los derechos humanos, las epidemias o la propiedad intelectual tendrán consecuencias directas en la prosperidad y el bienestar de nuestro país.

De ahí que el número 95 de la *Revista Mexicana de Política Exterior* resulte una excelente radiografía de estas transformaciones, vistas con la mirada privilegiada de los diplomáticos mexicanos acreditados ante los organismos especializados de la Organización de las Naciones Unidas en Ginebra.

En esta colección de ensayos, que conforman la sección de artículos de este número de la RMPE, los autores reflexionan sobre la insuficiencia de los marcos conceptuales y normativos

actuales y, al mismo tiempo, trazan una hoja de ruta para la política exterior de nuestro país y presentan algunas propuestas sobre los contornos del diplomático de la era digital. En los textos se hace referencia a las contradicciones que permean la agenda de desarme y el control de armamentos; se analiza el estilo de multilateralismo en el cual México puede jugar un papel relevante; se valora, en el contexto mundial actual, el papel de diversos tipos de cooperación en sectores prioritarios; se discute sobre la política exterior de derechos humanos de México, subrayando las áreas en que nuestro país puede contribuir para consolidar una política exterior integral en la materia; se reflexiona acerca del desarrollo de las telecomunicaciones a nivel global y sobre el perfil del diplomático digital del siglo XXI, amalgama de talento político y especialización técnica; se resalta la urgencia de consolidar un país productor de ciencia y tecnología de alta calidad y, finalmente, se describen los retos de la salud pública, incluidos los vinculados al bioterrorismo y el cambio climático, y el papel de México en la Organización Mundial de la Salud.

Cuando lord Palmerston recibió su primer cable diplomático en Whitehall a mediados del siglo XIX, su reacción inmediata fue proclamar el fin de la diplomacia. Desde entonces, en diversas ocasiones, se ha anunciado su final. Sin embargo, como lo demuestran esta serie de ensayos, ahora, más que nunca, no sólo se requiere una diplomacia activa, comprometida e innovadora que ayude a nuestro país a navegar por los escollos y vericuetos de la globalización, sino también el deseo de reflexionar sobre el perfil de los individuos que se encargarán de esta ingente tarea.